

La Teoría Variacional

Bilología de Luna Ross - II

R. B. S. Candelas

La Teoría Variacional

Bilogía de Luna Ross - II

Ramón Candelas Pérez
La Teoría Variacional

No se permite la reproducción, distribución o transmisión total o parcial de este libro sin el previo permiso escrito del autor. Todos los derechos reservados.

Inscrito en el Registro de la Propiedad Intelectual. Nº 00/2011/2740.

- © Ramón Candelas Pérez, 2011
- © De esta edición, Ramón Candelas Pérez, 2015
- © De la cubierta, Ramón Candelas Pérez, 2015

Ilustración de portada:
La Libertad guiando al pueblo.
Eugène Delacroix, 1830. Museo del Louvre.

Primera edición, abril de 2015. R. 2.0
ISBN: 9781511526395

Más información sobre el autor y su obra en:

 www.rbscandelas.es

 @RBS_Candelas

 RBS Candelas

El autor dona los ingresos obtenidos por la venta
de esta edición a diversas ONG con las que
colabora habitualmente.
Gracias, lector, por tu contribución.

A los profesores que, más allá de cubrir el expediente, dedican su esfuerzo a forjar gentes de bien. A Adela, Alfonso, Koro, Mercedes, Miriam, Tino y Sagrario, los más cercanos.

Y a D. José María Sanz, el Físico, que allá por los años setenta rompió moldes en el instituto Azorín de Elda, fascinando a cuantos tuvimos el privilegio de ser sus alumnos. En su peculiar estilo está parcialmente inspirado el personaje de Roberto Dantés.

«Voy a presentar, sin la ayuda del Análisis, los principios y los resultados generales de la teoría de las probabilidades expuesta en esta obra, aplicándolos a las cuestiones más importantes de la vida, que no son, en su mayor parte, más que problemas de probabilidad».

Théorie analytique des probabilités.
Pierre-Simon de Laplace.

«Lo que no puede ser, no puede ser; y además, es imposible».

Sabiduría popular.
Atribuido a diversos personajes.

Prólogo

París, 27 de julio de 1830

A solas en la oscuridad de su alcoba, Guy de Girardy y Lafontaine da vueltas en el camastro sin poder dormir. Forzado a retirarse temprano para poder afrontar la mañana siguiente con la mente serena y el cuerpo descansado, no es, sin embargo, la terrible perspectiva de un duelo al amanecer lo que le quita el sueño. Tampoco la fugaz promesa entrevista en la mirada de la bella Sophie. O quizá sí, pues todo ello ha contribuido, aunque él no pueda saberlo, a que la adrenalina corra mezclada en su torrente sanguíneo, alterando su percepción hasta el punto de que el caos en que se hallaban sumidos sus estudios comienza a ordenarse. A tomar forma.

Guy de Girardy trabaja en una memoria con la que pretende aspirar a una plaza de adjunto en la *Académie des sciences*. Discípulo de Adrien-Marie Legendre, esa leyenda viva de las matemáticas que ha sabido reconocer en sus trabajos una nada desdeñable capacidad para los números, el joven estudiante lleva varias semanas esforzándose por resolver un problema que su maestro le ha planteado sobre números aleatorios y probabilidad. Sin embargo, los resultados a que llega no son los previstos. Es más, una y otra vez alcanza conclusiones contradictorias, que le hacen desesperar. Día y noche garabatea cuartillas sin cesar ante un ejemplar de la *Théorie analytique des probabilités*, la obra del gran científico de la Ilustración Pierre-Simon de Laplace, que el propio Legendre, ahora retirado en su residencia de Auteuil, le ha prestado como referencia y guía para esta empresa. Pero ni siquiera el texto de Laplace lo ayuda a vislumbrar la luz al final del túnel, lo que ha convertido a Guy en irascible y hace que lleve una mala temporada, salpicada de problemas y disputas con todos los que lo rodean.

Para colmo de males, en estos días corren aires de revolución por la capital de Francia. Las últimas cosechas no han sido buenas, los precios de los alimentos se han disparado, y el pueblo reclama una reducción de impuestos a su soberano. Pero Carlos X de Bor-

bón no se atreve a enfrentarse a los terratenientes, por lo que mantiene atenazados y hambrientos a sus súbditos. Por doquier se suceden reuniones, conspiraciones y proclamas, y la prensa liberal ataca de forma incendiaria la política del monarca y sus ministros. Dos días atrás, en una desesperada maniobra para mantener el control, el Rey ha emitido cuatro ordenanzas con las que suspende la libertad de prensa, disuelve la Cámara de los Diputados y convoca nuevas elecciones, tras modificar en su favor el sistema electoral. Como consecuencia, el ambiente está tan caldeado que cualquier pequeña chispa basta para que, entre liberales y borbónicos, surjan disputas y peleas de carácter político.

O de cualquier otro, como le ha sucedido a Guy de Girardy con un capitán de coraceros con el que ha mantenido unas palabras subidas de tono la tarde anterior. La causa, una jovencita llamada Sophie que sirve en el mesón adonde el estudiante acude mientras le alcanza la exigua paga mensual que recibe de su familia. Sophie no es la señorita noble y con buena dote que los Girardy desearían para su primogénito, pero su belleza y su inagotable simpatía elevan el espíritu de los parroquianos que ahogan sus penurias con vino espeso de las verdes colinas de la *Côte-d'Or*. Y Guy, prendado de la muchacha hasta los tuétanos, sufre en secreto con cada mirada descarada y con cada comentario importuno que aquellos le dirigen, y que ella acostumbra a reprender con un gracioso mohín.

La aciaga tarde de la víspera, Guy ha acudido al mesón para olvidar durante un rato sus tribulaciones matemáticas. Algo para lo que basta, en principio, la sonrisa de Sophie cuando le sirve un cuartillo de vino, única cena que puede permitirse a estas alturas del mes. Un estómago tan vacío como caliente por el alcohol, unos nervios a flor de piel por esas ecuaciones que se le resisten, y un gesto despectivo dirigido a un capitán de coraceros, que ha lanzado un requiebro poco galante a la moza, han bastado para atizar la exaltación que todo el mundo sufre estos días. Nada que tuviese por qué pasar a mayores, sobre todo tras la mediación del mesonero y de la agraviada —que, de paso, con ciertos gestos solo perceptibles para un alma enamorada, ha dado a entender a Guy que también ella lo aprecia—. Pero la presencia de los compañeros de armas del militar, incómodos testigos para su honor, lo ha obligado a exigir satisfacción al joven impertinente que se ha atrevido a afearle en público sus modales.

Ha sido su amigo Bertrand Buhot, oportunamente llegado en medio de la disputa, quien ha tenido que arreglar las cuestiones formales con los padrinos del coracero: hora y lugar, espada o pistola, muerte o primera sangre... Lo típico en estos lances. Porque, por supuesto, no ha habido forma de que el estudiante se echase atrás. Él desciende de una arraigada, aunque venida a menos en estos tiempos de crisis, familia de gentilhombres de la Auvernia profunda, y no será el primer Girardy en echar una mácula sobre su apellido. Además, durante la discusión ha captado un destello de inquietud en la mirada de su amada, y eso le ha bastado para no renunciar a defender su honor. Sophie no ha tenido noticia del duelo, pues la cuestión se ha dirimido fuera, en la calle, pero Guy sabe que tarde o temprano se enterará de lo ocurrido. Es consciente de que ella desaprobaría lo que va a hacer, y de que le recriminará haberse batido —las mujeres no pueden entender estas cosas— si verdaderamente lo ama. Pero sabe también que, si se echa atrás, ella albergará un involuntario reproche a su cobardía en lo más profundo del corazón. Y él no será capaz de volver a mirarla a la cara.

Guy de Girardy suda entre las sábanas, pero no por el calor de la noche veraniega. Poco a poco, un razonamiento recurrente se abre paso en su confuso cerebro. Algo vago al principio —nada que el joven identifique todavía como una respuesta clara a sus hipótesis de trabajo—, pero suficiente como para que sienta una punzada de ansiedad cuando intuye, más que comprende, que puede haber una vía por la que sus hasta ahora dispersos razonamientos acaben encajando entre sí. Guy se palpa la frente ardiente, y en sus sienes puede sentir el palpito de su corazón desbocado. De repente tiene un oscuro presagio: ¿y si solo dispusiese de aquella noche? ¿Y si el desenlace del duelo resultase fatal para él? O peor aún: ¿y si los cielos de su entendimiento volviesen a cerrarse y esa chispa de inspiración que le acelera el pulso desapareciese de nuevo entre los negros nubarrones en los que tantas semanas lleva sumido? No, el destino no puede ser tan injusto con él. Tiene que robarle una última oportunidad. Angustiado, se incorpora y busca a tientas una vela y los fósforos. No tiene miedo a la muerte, pero sí a que las ideas que han comenzado a rondarle se difuminen, se escabullan y se pierdan de nuevo en las tinieblas.

Hasta el papel escasea en la mesa del joven estudiante atenazado por las privaciones, pero una minucia tal no puede pararlo. Los márgenes de la *Théorie* de Laplace constituyen un improvisado cuaderno en el que se lanza a hacer frenéticas anotaciones. Todo parece arremolinarsse a un tiempo en su mente. A duras penas consigue imponer cierta disciplina a su mano, mucho más lenta que el pensamiento. Aprieta más y más las líneas. Ahorra espacio. Un acceso febril comienza a minarlo, pero Guy se arrebujaja en su gastada manta y prosigue impertérrito, a pesar de los temblores y el escozor de ojos. Hasta que, de súbito, la luz se hace entre aquellas cadenas de símbolos algebraicos, más potente y cegadora que el débil resplandor proyectado por la bujía sobre la mesa.

El alba lo sorprende olvidado del coracero, del duelo, de Sophie y de todo lo que no sean polinomios, variables aleatorias, distribuciones normales y demás herramientas puestas a su disposición por los más grandes matemáticos —desde Fermat hasta Gauss, pasando por Pascal, Euler o Laplace— de los últimos dos siglos. Unas herramientas que tan solo esperan a ser utilizadas por una mente privilegiada que sepa ver el todo más allá de las partes.

—¡Dios mío, Guy! Pero... ¿qué haces? ¡Si ni siquiera estás vestido!

Incrédulo, Bertrand Buhot observa a su amigo. Tras la puerta entreabierta de su buhardilla alquilada junto al mercado de los Inocentes, Guy de Girardy presenta un aspecto lamentable: pálido, ojeroso y sin afeitar, tiritaja bajo la manta con que cubre su camisa de dormir. Está claro que apenas ha pegado ojo y que se encuentra agotado. Mal asunto para enfrentarse en duelo a un experto tirador. Apenas falta una hora escasa para que amanezca, y Bertrand se da cuenta de que debe tomar las riendas de la situación si no quieren llegar tarde a su cita junto a la tapia del cementerio de Père-Lachaise. Pero Guy no parece afectado por la cuestión. Antes bien, preso de una euforia que le hace gesticular con sus manos manchadas de tinta, se lanza a una ininteligible disertación sobre eventos, azar, probabilidad y simetría, mientras Bertrand pone agua a calentar para preparar una tisana que le rebaje la calentura.

—Tienes fiebre —dice—. En estas condiciones, no podemos acudir...

—¡Tonterías! —se defiende el estudiante—. Estoy perfectamente. No será un poco de fiebre lo que me impida darle una lección a ese mamarracho.

—Ese *mamarracho*, como tú dices, es un veterano que se ha recorrido media Europa con el ejército de Napoleón. Por eso opté sin dudar por la pistola: no le habrías durado ni medio asalto con un sable en la mano.

—Bah, lo de Waterloo fue hace quince años. Tu veterano no es más que un vejestorio engreído y maleducado. Se arrepentirá de haberse atrevido a hablar así a Sophie.

Bertrand hace un gesto de resignación. Sabe que su amigo no dará su brazo a torcer, así que al menos tratará de ayudarlo a que esté presentable. Ha traído un cantarillo de leche con el que prepara unas gachas de avena que le obliga a engullir. Luego lo ayuda a vestirse y a calzarse unas botas que sin duda han conocido tiempos mejores, pero que harán su papel en la hierba resbaladiza junto a la tapia del cementerio.

Antes de partir, Guy le tiende el volumen de la *Théorie analytique des probabilités*.

—Escucha —dice—: si algo fatal me sucede, hazlo llegar a monsieur Legendre, en Auteuil.

Bertrand trata de aparentar ánimo.

—No va a pasar nada, ya lo verás —replica—. Todo lo más, una leve rozadura de la que te recuperarás bajo los cuidados de la adorable Sophie...

Pero Guy no le hace caso. Sus ojos enrojecidos parecen refulgir en la penumbra del cuarto.

—¡Júralo, Bertrand! —exclama—. ¡Jura que lo harás llegar a Legendre! Es un hombre honesto, que se ha tomado muchas molestias por mí y sabrá lo que debe hacer. Este libro es mi legado y mi salvoconducto para la inmortalidad, ¿no lo entiendes?... Después de esta noche, ya nada podrá evitar que mi nombre sea recordado.

Bertrand asiente, aunque achaca las palabras de su amigo más a la fiebre que a otra cosa. Por fin, tras tomar un carruaje que los conduce a las afueras de la ciudad, ambos jóvenes consiguen llegar hasta la tapia del cementerio, donde tres hombres vestidos con el uniforme de paseo del segundo regimiento de coraceros los esperan impassibles. Cuando percibe el inseguro estado en que se encuentra

su contrincante, el capitán agraviado envía a uno de sus padrinos a parlamentar.

—¿Acaso vuestro amigo no se encuentra bien? Si deseáis aplazar el asunto... —dice el militar a Bertrand.

Pero Guy de Girardy no está dispuesto a permitir ni una sombra de duda sobre su honor. Aun así, ha de hacer acopio de todas sus energías para quitarse la levita y quedar en mangas de camisa.

—Acabemos cuanto antes —contesta él mismo.

A pesar de lo temprano de la hora, ya se deja sentir lo que será otro día tórrido de verano. Los contendientes examinan las pistolas, ajenos a un cañonazo lejano que anuncia el comienzo de una revuelta heroica para el pueblo de París; la que acabará con la monarquía de Carlos X y derramará el espíritu revolucionario sobre la vieja Europa.

Con la fatiga de la noche pasada en blanco, las fuerzas mermadas por la fiebre, y la luz de la bujía todavía grabada a fuego en sus retinas, no es hasta que sujeta la empuñadura de nogal vetado y vistosas guardas labradas en plata cuando Guy se da cuenta de que apenas tiene fuerzas para alzar el arma y sostenerla firme. Los duelistas se colocan en posición, uno a espaldas del otro. El desafío es a primera sangre, suficiente para lavar la honra del ofendido. Una furtiva señal de la cruz, veinte pasos hacia adelante y media vuelta hasta quedar con el cuerpo ligeramente ladeado, lo suficiente como para disminuir el blanco pero no tanto como para aparentar temor. Luego, tras una interminable fracción de segundo, levantar la pistola a la voz del maestro de ceremonias y apuntar cuidadosamente. Un ritual que la tapia del Père-Lachaise ha contemplado demasiados amaneceres. Hay que tener la mente concentrada y la sangre fría para no precipitarse; pero Guy de Girardy, la mirada turbia y el pulso alterado por la fiebre, no reúne hoy ninguna de esas condiciones.

Estoico, el capitán aguanta su disparo, que ni siquiera le roza. Como veterano de unas guerras en las que todavía el honor significaba algo, aprecia el valor del joven que, pese a su lamentable estado, no ha vacilado en hacer frente a su deuda. Luego, impassible, apunta al hombro de su rival, donde tratará de herirle lo más levemente posible para poner fuera de duda su honra y punto

final al lance. A fin de cuentas, no hay ninguna necesidad de matar a un valiente. Pero hoy los hados no están con Guy de Girardy. Un nuevo cañonazo, esta vez más cercano, hace estremecer al soldado en el preciso instante en que su índice aprieta el gatillo. Apenas nada, aunque suficiente para que la bala se desvíe unos centímetros de lo calculado y seccione la aorta del infortunado estudiante.

Al verlo caer hacia atrás sobre la hierba reseca, Bertrand Buhot se planta de un salto junto a su amigo. En vano trata de taponarle la herida con un pañuelo mientras pide auxilio. El coracero contempla incrédulo la escena, sin acabar de entender lo ocurrido. Mientras, sus dos compañeros corren apresurados en busca de un cirujano que vive a pocos pasos de allí, y en cuyas manos suelen acabar muchas de las disputas que se resuelven junto a los muros cubiertos de hiedra del cementerio.

Guy agarra con fuerza el brazo de Bertrand. No quiere, no puede morir sin hacerle saber a Sophie cuánto la ama; pero son otras las palabras que salen por su boca.

—El libro... Legendre... No lo olvides...

Luego, aunque el dolor en el pecho le resulta insoportable, todavía consigue hacer un esfuerzo supremo.

—Dile a Sophie... Dile que...

Pero su aliento se corta y las palabras mueren en su boca. Su amigo hace un gesto para darle a entender que ha comprendido, a lo que corresponde con una sonrisa marcada por la agonía. Guy de Girardy y Lafontaine, el modesto aspirante a adjunto de la *Académie des sciences* que, con solo veintidós años, acaba de desarrollar una de las más extraordinarias teorías de la historia de las matemáticas, sabe que puede morir sin miedo, pues tiene un puesto reservado entre los grandes.

* * *

Hijo de un acaudalado comerciante que le proporciona una generosa renta con la que trata de abrirse camino en la poesía y el teatro, Bertrand Buhot lleva una vida despreocupada, ajeno a la difícil situación económica y social que atraviesa el país. Aun así, habrá de pasar día y medio hasta que sea capaz de regresar a la buhardilla de su malogrado amigo; treinta y seis largas horas en las que los acontecimientos se van a precipitar en la capital de Francia.

Durante todo ese tiempo, el joven deambula de forma automática e irreflexiva por las calles de la ciudad, cruzándose con grupos de encolerizados ciudadanos que se manifiestan contra las ordenanzas. Desorientado, sin saber bien qué partido tomar, unas veces los sorteja y otras se une a ellos para lanzar imprecaciones contra Carlos de Borbón y su primer ministro Polignac; más por dar rienda suelta a su angustia que por una verdadera convicción de que la *Charte* de 1814 esté amenazada.

El alba del veintiocho de julio —durante la noche se han creado comités revolucionarios y el pueblo se ha organizado— ve convertirse las algaradas y motines aislados del día anterior en una revuelta en toda regla: árboles derribados, adoquines arrancados, carretas volcadas..., todo sirve para levantar barricadas en las calles estratégicas. La gente se ha armado con lo que ha podido, y los batallones del duque de Raguse, enviado por el soberano para mantener el orden, apenas pueden contener su empuje. Macetas, cachivaches, enseres..., cualquier cosa es buena para arrojar a la tropa desde los balcones. Basta que la infantería despeje una calle para que los parisienses monten otra barricada en la siguiente. Y las primeras deserciones entre la tropa comienzan a producirse; primero casos aislados, luego pelotones enteros que confraternizan con el pueblo. Al final de la jornada, las banderas tricolores ondean por doquier, y el duque tiene que replegarse para concentrar sus tropas alrededor del Louvre y de las Tullerías.

Cuando la noche impone una engañosa tregua al eco de los fusiles y los gritos revolucionarios, Bertrand llega por fin a la buhardilla de los Inocentes. Aunque se encuentra agotado, no ha querido dilatar por más tiempo la última voluntad de su amigo. Además de ocuparse de la *Théorie*, quiere recoger sus cosas para enviarlas a la familia, a la que escribirá una carta. Sobre la mesa de trabajo, tal como Guy la dejara, se encuentra la obra de Pierre-Simon de Laplace que el joven estudiante de matemáticas ha convertido en su legado. Bertrand hojea con atención y curiosidad el volumen, en el que llama su atención la abigarrada escritura que cubre los márgenes sin solución de continuidad. Renglones y renglones de una, para él, ininteligible jerga matemática cuajada de fórmulas y expresiones cuasi jeroglíficas, salpicadas aquí y allá por tachones y borrones de tinta que revelan el nerviosismo de su autor. Quizás, quién sabe, a causa de una premonitoria certeza de que el

tiempo se le agotaba.

Bertrand termina de rellenar el baúl de su amigo, que enviará a recoger tan pronto se restablezca el orden en la ciudad. Luego, exhausto, siente la imperiosa necesidad de cerrar los ojos un rato, antes de emprender la vuelta a su propia casa. Toma asiento en una silla y apoya la cabeza entre sus brazos, sobre la mesa, pues la sola idea de echarse en el camastro del difunto le produce desasosiego. Antes de caer en un profundo sueño, Bertrand Buhot todavía tiene tiempo de recordar la brutal impresión que le ha producido, esa misma tarde, lo ocurrido durante una sangrienta pelea en las inmediaciones de *Notre Dame* en la que él mismo se ha visto envuelto. Ha sido en un momento de debilidad, cuando muchos de los ciudadanos que se batían, dudando de sus fuerzas y su valor, han comenzado a ceder ante el empuje de la Guardia Real. Entonces una muchacha de bellas facciones y piel sonrosada, con las ropas hechas jirones y el pecho medio descubierto, ha enarbolado una bandera tricolor y se ha lanzado por encima de la barricada sobre los soldados, al tiempo que arengaba a sus compañeros. Una muestra de heroísmo a la que el pueblo, como un solo hombre, ha respondido con una avalancha ante la que los militares nada han podido hacer. Enardecido, Bertrand también ha seguido a la joven hasta ver cómo caía unos metros más allá, atravesada por las balas realistas. ¡Ah, si pudiera describir la escena a su amigo Eugène, el pintor, para que la inmortalizase en uno de sus soberbios lienzos...!

Libro primero
Deepwater Frontier

París, enero de 1943

Bella, culta, elegante, divertida, mundana... Hans Graf no puede negar que está enamorado de la capital del Sena. Y eso a pesar de que la otrora orgullosa ciudad no pasa por sus mejores días. Son treinta meses ya de ocupación alemana. Treinta meses de escasez, racionamiento, penurias y miedo; sobre todo, miedo. Los parisinos tienen miedo a las delaciones arbitrarias de los colaboracionistas, a las continuas redadas de la Gestapo, a la tortura en los calabozos de Fresnes, Cherche-Midi o La Santé, a la deportación a remotos campos de trabajo, a las ejecuciones en la fortaleza de Mont Valérien. Miedo, en fin, a que la guerra se perpetúe sine día. O peor aún, a que se llegue a un armisticio entre Hitler y los aliados, y la rutina de la Francia ocupada se convierta en el *modus vivendi* definitivo.

Todo esto, naturalmente, no afecta lo más mínimo al joven alemán, que solamente tiene ojos para el lado amable y despreocupado de la ciudad: las terrazas de los bulevares, siempre llenas de gente sin prisa; las orillas del río, donde las parejas de enamorados aún se roban besos furtivos; o los estanques de los parques, en cuyas aguas juegan los niños, bajo la atenta mirada de sus madres, con cualquier cosa que flote. Todo ello, claro está, cuando la caricia del tibio sol invernal lo permite. Cuando no, tampoco faltan las diversiones para un joven de veintisiete años con el bolsillo bien repleto de francos: teatros, cines, cabarets, conciertos... Y es que, en París, tan fácil resulta deleitarse en un *music-hall* con la voz sensual de Edith Piaf como enfervorizarse en las Tullerías al son de las marchas que interpretan las bandas de la *Wermacht*.

Porque si de fervor patriótico se habla, Hans Graf es el primero en enorgullecerse de que por sus venas fluyan puros la sangre aria y el espíritu nacionalsocialista. Para él, las banderas del Tercer Reich que ondean en las fachadas son un símbolo de la normalidad que ahora reina en un país en el que comunistas y judíos se movían antes impunemente; las esvásticas que adornan las farolas de las grandes avenidas representan el firme régimen que el *Führer* ha

sabido imponer, allá donde la flaca y débil democracia republicana no hubiera sido nunca capaz de subsistir; y los carteles que anuncian ejecuciones sumarias de miembros de la Resistencia y de otros traidores al legítimo gobierno de Vichy no son más que un mal necesario. Desagradable, pero necesario.

Sí. Hans Christopher Graf es un digno descendiente de los Graf-Heilbronn, una estirpe que, desde generaciones remotas, ha sabido mantener la limpieza de sangre. Sus facciones condensan a la perfección el firme carácter paterno y la serena belleza materna. No hay más que ver su rostro anguloso de piel pálida y ojos claros, sobre los que cae distraído un flequillo de pelo lacio muy rubio, para darse cuenta de que él pertenece a una casta superior, forjada en un proceso milenario de selección natural. Nada que no sepa cualquiera que se haya tomado la molestia de leer a Darwin. Pero la raza aria corre, en este siglo lleno de claroscuros, un serio peligro de perder su natural condición de predominio por culpa de la laxitud con que, desde hace décadas, una mediocre sociedad germana se viene dejando contaminar por la mezcla de sangres. Una mezcla que corrompe sus genes creando seres inferiores, más proclives al vicio, a la delincuencia y a la enfermedad, como los últimos avances en medicina han demostrado concluyentemente.

Y encima, a la perversión moral que todo ello supone, la nefasta democracia añade sus peregrinas y peligrosas tesis sobre la igualdad de los seres humanos. Lo que faltaba para que cualquier pueblo advenedizo pueda reclamar —y obtenga— los mismos derechos que los legítimos herederos del *Cantar de los nibelungos*. Así le lució a la nación alemana, que llegó a permitir que la banca, la industria y el comercio cayesen en manos de esa raza servil, avariciosa y corrupta que son los judíos. Incluso la mismísima Universidad, cuna de la sabiduría y la razón, estuvo plagada de hijos de Abraham que pretendían manipular a su antojo la ciencia, la cultura y el arte. Pues bien, gracias a Adolf Hitler todo eso ya es historia. Sus leyes contra los judíos los han despojado de derechos, y sus posesiones han sido devueltas a los verdaderos alemanes, a quienes las arrebataran con hipocresía, malas artes y usura.

Pero el *Führer* no solo ha devuelto la dignidad a Alemania liberándola del judaísmo. Ha ido mucho más lejos, como se esperaba de él, implantando un verdadero programa de regeneración de la raza. Ello exige un esfuerzo titánico: hay que romper con desfa-

sados prejuicios y exigir al estado que obre de forma implacable, anteponiendo el interés patrio al libre albedrío del individuo. De ahí que —y esto lo sabe Hans por su padre, un destacado jerarca del Partido Nazi en Friburgo, su ciudad natal— los niños con taras físicas o mentales, al igual que los enfermos incurables y los locos, hayan sido sacrificados en los hospitales. Para que la sociedad no tenga que soportar tan gravosa carga y pueda destinar más recursos a engrandecer el Imperio. Y por lo mismo, los gitanos que los ciudadanos no quieren cerca de sus casas, los comunistas que pregonan la ridícula dictadura del proletariado, los jóvenes que se niegan a abrazar el ideario nacionalsocialista..., todos ellos han sido detenidos, marcados y enviados a campos de trabajo para que puedan resultar útiles al bien común si su capacidad física lo permite, ya que no la intelectual. La misma receta que se ha aplicado sin miramientos a menores incorregibles, parados vocacionales, alcohólicos, homosexuales y vagabundos. La escoria de la sociedad, en definitiva, a la que seguirán todos los desheredados de una Europa en la que, dentro de quinientos años, los arios habrán purificado hasta el último de sus genes; y donde el resto de las razas se darán por satisfechas con tal de que se les permita servir y rendir pleitesía al nuevo referente del orden mundial: el *Großdeutsches Reich*.

He ahí todo lo que constituye el credo de Hans Graf, bien interiorizado desde su paso por las Juventudes Hitlerianas. Sin embargo, a pesar de tan sólidas convicciones morales, él nunca se dejó arrastrar por el fanatismo de los descerebrados quemadores de libros, ni se sintió identificado con los violentos perros de presa que vagaban por las calles en busca de judíos, maricones o tarados que apalear. No, Hans es muy diferente de la mayoría de sus antiguos camaradas. Él tiene una mente privilegiada, un coeficiente intelectual de 178 y un ansia infinita de saber. Por eso no es de extrañar que, a diferencia de sus correligionarios, que corrieron a alistarse en la *Wehrmacht* o en la *Schutzstaffel* al alcanzar la mayoría de edad, Hans ingresara en la Universidad de Friburgo, donde cursó una brillante carrera de Matemáticas y obtuvo, con veintitrés años, su licenciatura. La guerra malogró sus planes de doctorarse y conseguir una plaza académica, pero al menos se libró de ser movilizad, pues los nazis se cuidan muy bien de que sus preciados ingenieros y científicos acaben como carne de cañón. En lugar de ello, fue re-

querido para poner su talento al servicio del Departamento de Construcción Naval del *Oberkommando der Marine* —el Alto Mando de la Armada, más conocido por OKM—, donde un nutrido grupo de bien escogidos cerebros se ocupa de proyectar los nuevos modelos de sumergibles para la *U-Bootswaffe*, la flota submarina con la que Karl Dönitz, su comandante en jefe, planea doblegar a la presuntuosa Inglaterra.

—*Souriez vous... Et voilà!*

El circunspecto camarero del *Moulin Rouge* hace una inclinación de cabeza y devuelve la *Leica* al joven extranjero que, entre humo de cigarrillos y copas de champaña, le ha pedido una fotografía de su grupo. Una estampa nada infrecuente en el París ocupado: tres bellas jóvenes francesas de largas piernas y ondulada cabellera, con generosas dosis de rímel y lápiz de labios que compensan lo gastado de sus trajes de chaqueta; y tres apuestos alemanes, dos de ellos vestidos con impecables uniformes de la *Luftwaffe*, y el tercero, con un elegante terno de espiguilla gris. El mecanismo de la reunión es simple, y las reglas, tácitamente aceptadas: la diversión está asegurada a expensas de los forasteros; luego, ellas volverán a casa con algunos regalos —simples fruslerías como mantequilla, mermelada, chocolate o café— con los que paliar la necesidad de los suyos, no sin que ellos les hayan arrebatado antes un cálido beso y la promesa de volver a verse. Incluso es posible que, con un poco de suerte, alguno no duerma solo esa noche. Una terapia más que recomendable para cualquier espíritu atormentado tras cuatro inviernos de confrontación. Las demás consideraciones no cuentan mucho; al fin y al cabo, la guerra es cruel; los permisos, cortos; y el mañana, a juzgar por cómo marchan las cosas en los innumerables frentes que el Eje no consigue cerrar, cada vez importa menos.

Harald Hartmann y Werner Grosse son amigos de Hans Graf desde la infancia. Ambos se alistaron en la *Jagdwaaffe*, el arma de caza de la *Luftwaaffe*, al alcanzar la edad reglamentaria, y ambos recibieron su bautismo de fuego en el verano del 38, como voluntarios de la Legión Cóndor en los cielos de la Península Ibérica. Aunque solo participaron en ataques a los destacamentos republicanos que habían osado atravesar el Ebro y establecer cabezas de puente en la ribera meridional, aquel adiestramiento en

combate les permitió lucir sendas Cruces de España en sus pecheras y pilotar sus *Messerschmitt Bf109* con una pericia letal. Luego llegaron los tiempos gloriosos de la Batalla de Inglaterra, en la que sumaron, mientras escoltaban a los mortíferos bombarderos en sus incursiones sobre Londres, hasta nueve victorias entre los dos. Nueve aparatos de la RAF, abatidos sobre las frías aguas del canal de la Mancha para mayor gloria de Hermann Göring y sus laureados pilotos.

Ahora ya no es lo mismo. Desde 1941 se encuentran en el Báltico, adonde fue destinada su escuadrilla cuando Hitler se desentendió de los planes para invadir Gran Bretaña y lanzó la Operación Barbarroja contra la Unión Soviética. Tantos meses de lucha lejos de las familias, de los amigos y de las comodidades de la patria acaban por minar la moral del más entusiasta. Y lo más grave del asunto, con el sitio de Leningrado estancado ya dieciséis meses, es que no se atisba el final. Claro, que peor lo llevan los rusos: la población y las tropas cercadas sufren una hambruna atroz, y los cazas soviéticos tratan a la desesperada, una y otra vez, de hostigar a los sitiadores. Para Harald y Werner, cuya misión es neutralizarlos, cada vez que se acomodan en las estrechas cabinas de sus aparatos puede ser la última. No es que eso sea una novedad para un piloto de caza, pero ya no queda gran cosa de la épica de antaño; solo la rutina y el hastío. Y la frágil esperanza, si no de sobrevivir, de una muerte rápida en los cielos.

Por eso un par de semanas de permiso, en un momento en que sus aparatos van a ser sometidos a reparaciones mayores, resultan un premio muy especial para ambos aviadores; más incluso que las Cruces de Hierro de primera clase que han ido aparejadas. Una recompensa que les ha permitido reunirse con Hans, recién llegado de una misión científica en España, para cumplir un común anhelo de juventud: visitar juntos París.

—Hans, eh, Hans —Harald Hartmann hace oír su vozarrón por encima del ruido en la sala—... ¿En qué piensas, hombre? Tu chica se está aburriendo, ¡ja, ja...!

—Es que se acuerda de la amiga que dejó en Friburgo. ¿No es cierto, Hans? —ríe Werner Grosse mientras hace una carantoña a la francesita pelirroja que se sienta a su lado—. Estos intelectuales son unos románticos, ¿verdad, Mimí?

La chica no entiende nada de la verborrea germánica de los aviadores, pero acerca su copa a los labios y sonríe complaciente. Salvo por los periódicos esfuerzos de aquellos para chapurrear un escaso francés, el nivel de comunicación entre ambas partes se limita al lenguaje universal entre los dos sexos: guiños, sonrisas, gestos cómplices y algún que otro disimulado contacto por debajo de la mesa.

Con Hans Graf es diferente. Nacido junto a la extinta frontera con los territorios anexionados de Francia, domina el francés a la perfección, exhibe un más que aceptable inglés y se defiende con el español, habilidad esta última fruto de la temporada que acaba de pasar al sur de los Pirineos.

—Hans es un científico brillante —intenta explicar Harald a la rubia oxigenada que por situación le corresponde, mientras aprovecha para posar una mano sobre su rodilla como quien no quiere la cosa—. Su trabajo es muy importante para la *Kriegsmarine*, por eso no tiene que jugarse el pellejo en el frente...

La chica no parece molestarse por la casual maniobra; antes al contrario, sonríe benévola, pues resulta obvio que el oficial dispone de una billetera repleta de francos y de pocos días para gastarlos. Por su parte, a Hans no le ha hecho gracia la indiscreción de su amigo, que debería ser más cuidadoso con lo que dice sobre sus actividades.

—Harald... —comienza a recriminarle, molesto.

—Vamos, hombre, no te preocupes —se desentiende el aviador—. Estas gatitas no entienden ni jota. *N'est pas, chérie? Est'ce que vous comprenez moi?*

Las tres chicas se miran entre sí y niegan al unísono, mostrando sus bellas sonrisas color bermellón. De repente la *pareja* de Hans lanza un gritito y señala hacia el escenario, donde acaba de hacer entrada un muchacho bien parecido de apenas veinte años, casi un chaval. Todas se vuelven y aplauden con ganas, como la mayoría de las damas presentes en la sala.

—¿Qué ocurre? —pregunta Werner sorprendido—... ¿Quién es ese tipo?

Hans se encoge de hombros, como si la cosa no fuera con ellos.

—Un tal Charles Aznavour. Al parecer tiene una voz que fascina a las mujeres.

Mientras las chicas escuchan embelesadas al artista que tiene revolucionada la noche parisién, los tres amigos se desentienen del espectáculo y continúan con su conversación en voz baja.

—Ay, Hans, Hans —entona Werner, simulando una paciencia infinita—... Vamos, cuéntanos la verdad. Primero Barcelona, luego Madrid, ahora París... ¿Qué viene después? No querrás hacernos creer que el OKM obsequia con vacaciones a sus mejores hombres en estos momentos tan críticos.

—Eso —insiste Harald—, ¿qué se le ha perdido en España al contralmirante Dönitz? Porque sigues trabajando para él, ¿no es cierto?

—¿A qué vienen tantas preguntas, muchachos? Sabéis que no puedo contaros nada, y mucho menos en este lugar.

—¡Vamos, Hans! —se exaspera Harald—... ¿Qué te ocurre? Somos nosotros, tus amigos.

—Está bien, está bien —concede Werner, para luego continuar en voz baja, inclinado sobre la mesa—. No nos digas nada, pero déjame adivinarlo. ¿Se trata del *Elektroboote*, quizás?

Hans Graf frunce el ceño y mira a su alrededor con recelo. Tal como sospechan sus amigos, él no está de visita en París por mera diversión. Como miembro de un grupo de estudios avanzados recién creado en su departamento, se ocupa de aplicar sus conocimientos científicos al desarrollo de nuevos algoritmos para el diseño de submarinos. Un tipo de barco este con numerosos problemas específicos, en cuya resolución Hans ha hecho relevantes progresos gracias a su habilidad con las técnicas numéricas. Algo imprescindible para la superación de los actuales modelos.

Porque los *Unterseeboote* actuales no son, en realidad, más que meros sumergibles: barcos concebidos para la navegación y el ataque en superficie, donde son rápidos y letales. O lo han sido, mejor dicho, hasta que el empleo masivo de la aviación y el desarrollo de modernas técnicas de detección por parte de los aliados los han convertido en blancos fáciles, cuya única defensa es la inmersión. Pero un *U-Boot* sumergido es un buque torpe y lento, incapaz de localizar, perseguir y atacar una presa que se desplace a velocidad de crucero. Bajo el agua, navegando con baterías y motores eléctricos, el sumergible apenas puede mantener tres o cuatro nudos de velocidad sostenida, algo insuficiente para escapar de un ataque con cargas de profundidad una vez que el enemigo lo

ha localizado con sus radares. Como consecuencia, el arma submarina ha perdido más de ciento cincuenta barcos y siete mil quinientos tripulantes desde el inicio de las hostilidades; una sangría que el Reich no puede permitirse de forma indefinida, pues no resulta fácil reponer oficiales y dotaciones. Y ahora que los americanos han puesto toda la carne en el asador y protegen fuertemente sus convoyes con destructores y aviones de largo alcance, las cosas no pueden ir más que a peor.

Lo que la *Kriegsmarine* necesita es un verdadero buque submarino, y ese es el *Elektroboote* Tipo XXI, un proyecto que ya está en los tableros de dibujo. Solo con que Hitler chasquease sus dedos, al día siguiente podría comenzar la fabricación en serie del arma más devastadora que ha surcado los mares. Sin embargo, Hans hubiera preferido que el secreto estuviese mejor guardado.

Las chicas continúan absortas en el escenario y la música suena alta. El joven baja aún más la voz.

—¿Qué sabéis vosotros del *Elektroboote*? —pregunta, desconfiado.

Satisfecho, Werner Grosse se repantiga en su silla; por la cara que ha puesto su amigo, no hay duda de que ha dado en el clavo.

—Vaya, así que es cierto lo que cuentan...

En algún lugar del Pirineo, época actual

Rubén Monzón estudió con aire preocupado la empinada ladera que se extendía a sus pies; un terso manto de virginal blancura que en breve tendrían que surcar. Había mucha, muchísima nieve acumulada en aquella zona, fruto de los intensos temporales de las últimas semanas. No era normal tanta cantidad a aquellas alturas de la primavera, pero... ¿qué podía considerarse normal, hoy en día, en cuestión de meteorología?

A su alrededor, una espectacular panorámica de trescientos sesenta grados revelaba al Pirineo central en todo su esplendor. Un océano de nieve salpicado aquí y allá por negros peñascos y verticales agujas de intimidatorio aspecto, como bancos de arrecifes que aguardasen traicioneros al incauto navegante de la montaña. El sol se mostraba ya franco sobre un cielo azul profundo en el que flotaban, poderosos, gigantescos cúmulos de gran belleza. Media hora antes, el amanecer había comenzado tiñendo de pálidos tonos rosados las cumbres más elevadas, hacia poniente. Luego todo el horizonte se había incendiado, los suaves tintes apastelados tornándose durante breves instantes en intensos reflejos de ámbar y oro, hasta ceder al brutal estallido de luz que, en la inmensidad de la alta montaña, convierte la salida del sol en un espectáculo sobrecogedor. Algo que solo unos pocos mortales, aquellos capaces de reunir el coraje necesario para emprender a las cuatro de la madrugada una penosa ascensión, merecen recordar mientras vivan.

Rubén y su compañera de aventura habían hecho cumbre con la primera claridad del día, tras una fatigosa marcha nocturna desde el refugio. Primero con las pieles de foca, abriendo huella en la interminable ladera de nieve virgen. Luego, cuando la pendiente se hizo demasiado pronunciada, se echaron los esquís a la espalda y prosiguieron a base de crampones y piolets. Nada a lo que el veterano guía de montaña no estuviese acostumbrado, si no fuera por el pesado equipo que cargaban a cuestas entre ambos. Un par de veces había tenido la impresión de que ella flojeaba, pero qué va; era tan solo que se tomaba un breve respiro para volver a acometer

la ascensión con más determinación si cabe; con una energía que parecía impropia de un cuerpo tan menudo. Finalmente, la roca helada, inhóspita, desnuda hasta la cima; un duro colofón en el que, en algunos tramos, habían tenido que izar con cuerdas las recargadas mochilas para evitar que los desequilibrasen en la escalada.

Rubén no podía evitar sentir admiración por aquella mujer que, ajena al cansancio y al frío de la amanecida, no había dejado de afanarse en su trabajo ni siquiera un instante. Una vez en la cumbre, ante todo había instalado los trípodes sobre el emplazamiento elegido, asegurándose de que quedaban bien nivelados y afianzados sobre la nieve blanda e irregular. Después había desembalado la cámara de gran formato, toda una pieza de museo. Había abierto la preciosa caja de caoba pulida, desplegado el fuelle sobre sus raíles y colocado un objetivo Carl Zeiss de 178 milímetros en el montante delantero. Para cualquier neófito, un equipo sorprendentemente anticuado y fuera de lugar en un sitio como aquél. Para un fotógrafo profesional, una herramienta de precisión, capaz de impresionar placas de 20x25 con una nitidez tal que permitiría obtener ampliaciones de tamaño mural con un detalle y una riqueza de matices sin parangón.

Como una concesión a las nuevas tecnologías y para obtener, de paso, material de archivo, la mujer había instalado sobre el segundo trípode una *Hasselblad* motorizada con respaldo digital, que programó para que disparase automáticamente un fotograma cada treinta segundos. Bastante ocupada iba a estar ella, fotómetro en mano y cambiando placas, en cuanto comenzase a amanecer.

Rubén la miró de reojo. Ya le gustaría a él haber conocido a aquella chica diez años antes; o cinco, o quince..., tanto daba. A buen seguro que la habría invitado a salir. Suspiró acordándose de Montse, su mujer: un poquito de audacia aventurera, eso era lo que le faltaba para que él la admirase de verdad. No es que no fuese feliz con ella, pero la fotógrafa, además de atractiva, era otra cosa: una mujer capaz de subirse un tres mil nevado con tal de dar rienda suelta a su mayor pasión. La mujer perfecta para un enamorado de la montaña, vamos. Si no fuera porque estaba felizmente casada y tenía tres hijos de los que ocuparse...

El guía inspiró una honda bocanada de aire frío y decidió que sería mejor dejarse de tonterías e ir pensando en la bajada. Había demasiada nieve. Conforme el calor del día fuese reblandeciendo la

costra helada que se había formado durante la noche, la probabilidad de avalanchas iría tornándose cada vez mayor en una cumbre donde todas las posibles vías de descenso quedaban muy expuestas al peligro. Sí, tenían que bajar; y tenían que hacerlo más bien pronto que tarde, pues ya las sombras retrocedían y el sol arrancaba por doquier destellos de cristal a la ladera.

—¿Cómo lo llevas, Luna? Deberíamos ir recogiendo.

Luna Ross le dedicó una de esas encantadoras sonrisas que tanto lo turbaban.

—Ya he terminado —respondió, satisfecha de sí misma—. Dame diez minutos para empaquetarlo todo y nos vamos.

—De acuerdo.

—¿Te preocupa algo?

—La nieve no estaba demasiado buena esta mañana. En estas condiciones acaban produciéndose avalanchas tarde o temprano.

—Todo irá bien, no te preocupes. —Ella siempre destilaba optimismo—. He sacado unas tomas fabulosas, de verdad; ya las verás.

—Ya te dije que este emplazamiento era perfecto.

—Y tenías razón. Menos mal, porque si no llega a merecer la pena, después de lo que nos ha costado subir hasta aquí...

Él se encogió de hombros con suficiencia.

—Para eso vas con uno de los mejores guías de montaña del Pirineo aragonés.

—Claro, claro —sonrió ella, guasona—... Y además, resulta un lujo tenerlo como porteador. Toma, tu parte.

Le pasó la abultada mochila en que acababa de embalar la cámara de gran formato.

—¡Joder, tía!... ¿No podías llevar una réflex digital, como todo el mundo?

Esta vez fue ella quien se encogió de hombros.

—Olvidas que yo no soy como todo el mundo. Tienes el privilegio de hacer de guía a una de las mejores fotógrafas de paisaje de todo el país.

Touché. Desde luego, no se podía con esta mujer.

—Ya. Pues venga, genio de la fotografía, movamos el culo antes de que la nieve se ponga más peligrosa todavía.

La primera fase del descenso fue rápida: descolgaron las

mochilas con cuidado y luego *rapelaron* hasta la base de la roca, donde habían dejado clavados los esquís. La pala de nieve virgen se extendía a su izquierda, una inmensa alfombra de pendiente muy pronunciada, blanda y profunda, como pocos esquiadores de remonte y *forfait* podrían jamás soñar. A la derecha, un espolón rocoso descendía casi vertical hacia el collado, donde la pendiente se hacía más suave. Rubén comprobó los localizadores electrónicos, y luego ambos se calzaron las tablas y se dispusieron a comenzar el descenso.

—Bajaremos por este lado, lo más cerca posible de la roca —indicó él—. Giros rápidos y muy seguidos; nada de cortar la pala en diagonal. ¿De acuerdo?

—Haré lo que pueda —respondió ella—. No va a ser fácil, con este peso a la espalda.

—Sobre todo, no te echas hacia atrás. ¿Llevas bien atadas las correas de seguridad?

—Las llevo.

—Pues venga.

El guía de montaña lanzó su cuerpo hacia delante y dio varios giros seguidos con destreza. Luego paró y se volvió para esperarla. Por un segundo Luna dudó, sintiéndose incapaz de hacer lo mismo. A pesar de haber practicado el esquí de travesía numerosas veces, la tremenda pendiente, la gran cantidad de nieve acumulada y, sobre todo, la voluminosa y pesada impedimenta a la espalda convertían aquel descenso en especialmente complicado.

«Vamos, Luna, esto es pan comido para ti...», se dijo al fin. Flexionó las rodillas, dio un pequeño salto hasta colocar los esquís casi paralelos a la pendiente y proyectó su cuerpo hacia delante, tomando impulso. ¡Hop!, giro a la derecha... ¡Hop!, giro a la izquierda... ¡Hop!...

En el cuarto viraje clavó las tablas justo debajo de las de Rubén. A punto estuvo de perder el equilibrio, pero el guía la agarró del brazo justo a tiempo.

—¡Uaaa! ¡Qué demasiado! —exclamó ella exultante, aunque procurando no levantar mucho la voz—... ¿Has visto?... ¡Qué pasada de pendiente!

—Lo has hecho muy bien, pero no cantes victoria todavía. No hemos hecho más que empezar.

—Venga, te sigo. Hasta abajo.

Pero Rubén Mozón miró con aire desconfiado la nieve que ya se extendía una treintena de metros por encima de ellos.

—No, por etapas. Primero hasta aquél saliente en la roca, ¿lo ves?

—Vale.

«¡Crac!». Los dos esquiadores miraron instintivamente hacia arriba, justo en el momento en que paraban a coger resuello por tercera vez junto a un gran pedrusco. Las huellas de sus esquís trazaban un sendero sinuoso hasta la cúspide; la nieve refulgía serena, majestuosa, aparentemente inofensiva.

—¿Qué ha sido eso? —inquirió Luna con aprensión.

—¡Ssssh! No parece que...

«¡¡¡Crrrac!!!». Esta vez el crujido les heló la sangre en las venas.

—¡Está cediendo!... ¡¡¡Se nos viene encima!!!

Con toda la rapidez que el equipo les permitió, Luna y Rubén alcanzaron la base del peñasco y se agazaparon tras él, sintiendo cómo el bramido se acercaba a toda velocidad. Apenas habían tenido tiempo de agacharse y de taparse nariz y boca con las manos cuando la onda de choque les hizo estremecer. Se abrazaron fuertemente el uno al otro, las caras vueltas hacia la roca, intentando protegerse con las mochilas de la avalancha que se les venía encima. Tan solo duró unos instantes, pero a ellos les pareció una eternidad mientras notaban cómo la nieve pulverulenta los cargaba con su peso. Luego, el trueno se apagó ladera abajo hasta que, al poco, el solemne silencio de la montaña volvió a reinar.

Los tres amigos se han juntado para comer en el *Café de Bilbao*, un restaurante cuyos guisos de la costa cantábrica conservan la justa fama que les diera su fundador, un nacionalista vasco en el exilio que optó prudentemente —la experiencia es un grado— por largarse a México en cuanto las botas nazis pisotearon Dunkerque. Sentados ante el típico mantel de cuadros y con una buena frasca de tinto de la casa en el centro, los alemanes se han rendido ante un bacalao al pilpil que primero han degustado con curiosidad y luego han engullido con fruición.

Esta vez, sin mujeres de por medio, Hans Graf ha cedido a la presión de los pilotos, ávidos de buenas noticias que les permitan animar el espíritu ante su próxima vuelta al infierno, para que les hable del *Elektroboote* Tipo XXI.

—¿Y a qué espera nuestro *Führer* para dar la orden de fabricación? —inquire un extrañado Harald Hartmann.

Hans baja la vista hacia su plato. No le compete a él juzgar las decisiones del Comandante Supremo, que tantos éxitos ha cosechado para Alemania desde el *Anschluss*, la anexión de Austria en 1938. Sin embargo, en este caso no puede dejar de traslucir un cierto descontento.

—Hitler está demasiado ocupado con la campaña rusa. La Batalla del Atlántico ha dejado de ser una prioridad, y su estrategia se limita, de momento, al bloqueo de las Islas Británicas. Además, sigue pensando que el verdadero poderío naval se encuentra en la superficie, cuando lo cierto es que la *Royal Navy* apenas permite maniobrar a nuestros acorazados. Fijaos en la suerte que corrieron el *Bismark* o el *Graf Spee*, sin ir más lejos. Y el mismo *Tirpitz* se encuentra escondido en los fiordos noruegos, incapaz de hacer frente a la flota inglesa. A pesar de ello, la fabricación de submarinos sigue sin ser una prioridad. Teniendo en cuenta que harían falta casi dos años para alistar una cantidad significativa de *Elektroboote*, es natural que Dönitz dedique los limitados recursos que se le adjudican a construir la mayor cantidad posible de los del Tipo VII, que resultan mucho más económicos, además de ser sus preferidos.

—Pero ¿cómo es el *Elektroboote*? —inquire Harald con evidente interés. Para alguien ajeno al arma submarina, resulta difícil admitir que algo pueda superar a los míticos *lobos grises*.

—El Tipo XXI es un prodigio de la tecnología alemana —dice Hans—. Y de nuestra ciencia —apostilla, orgulloso por la parte que le toca—. En comparación con él, los sumergibles actuales no son más que raquíticos botes de pesca...

—¡Exageras! —se burla Werner Grosse—. Según vuestra propia propaganda, los *U-Boote* llevan hundidos más de dos mil buques aliados desde el 39, con un total de once millones de toneladas de registro bruto.

—No te equivocas, pero yo tampoco exagero en absoluto. Escucha: el *Elektroboote* desplazará en superficie más del doble de tonelaje que un Tipo VIIB como el de Günther Prien.

Harald lanza un silbido de admiración.

—¡El héroe de Scapa Flow!

Todo el mundo conoce la hazaña del osado comandante del *U47*, infiltrándose en la más importante base naval de la armada inglesa a través de los cables, minas y barcos hundidos que taponaban las entradas a la bahía; torpedeando y hundiendo al *Royal Oak*, un acorazado de veintinueve mil toneladas; y saliendo finalmente por el mismo canal por el que había entrado, antes de que nadie llegase a sospechar siquiera qué era lo que había sucedido.

—Sí, pero aquella gesta de 1939 no sería posible hoy en día —puntualiza Hans—. De hecho, Prien es ahora un héroe muerto. Un destructor británico lo acosó y le dio caza como a un perro. El *Toro* de Scapa Flow no pudo escabullirse del *asdic* y de las cargas de profundidad, pero...

Werner capta en seguida la idea dejada en suspenso por su amigo.

—... si hubiese mandado un *Elektroboote*...

—Exacto. El Tipo XXI montará dos motores diesel con los que podrá navegar a una velocidad máxima de dieciséis nudos en superficie. Además, poseerá dos motores eléctricos que le permitirán alcanzar sumergido dieciocho nudos, con una hora de autonomía. ¡Dieciocho nudos!, ¿os imagináis?... Los sumergibles actuales no pasan de los siete u ocho nudos en inmersión. Como mucho.

—Espera, espera —lo interrumpe Harald, incrédulo—... ¿Es-

tás diciendo que será más rápido sumergido que en superficie?

Pero Hans está muy seguro de lo que dice.

—El diseño del casco y la torreta son puramente hidrodinámicos: se han afilado las formas, redondeado las aristas y eliminado todo aquello que genera resistencia al avance. El resultado es un delfín de acero.

Werner ríe al tiempo que levanta su copa.

—Una orca más bien, diría yo.

—Cierto. A dieciocho nudos se puede dar caza a un convoy a profundidad de periscopio, e incluso moverse por en medio con soltura. El XXI podrá hacer inmersión en veinte segundos, diez menos que los actuales. Y podrá navegar sumergido sin ser detectado, gracias a dos motores eléctricos silenciosos adicionales. Con todo ello, será capaz de despistar fácilmente a un destructor o esquivar un ataque aéreo.

—Caramba —se admira Werner—, parece una máquina impresionante...

—Y eso no es nada. Lo que hará del *Elektroboote* un verdadero depredador es su armamento ofensivo. Como sabéis, el sistema habitual de los *U-Boote* para atacar a un mercante consiste en aproximarse en superficie y cañonearlo hasta hundirlo. Los torpedos no se utilizan a no ser que se ataque a unidades armadas o convoyes. Pues bien, para empezar, el XXI no montará cañón en cubierta.

—¿No montará cañón? Pero entonces, ¿cómo...?

Hans levanta la palma de su mano en demanda de paciencia.

—Ya os he dicho que se ha eliminado todo aquello que presenta resistencia bajo el agua. A cambio, el *Elektroboote* dispondrá de seis tubos lanzatorpedos en proa y un moderno sistema hidráulico que le permitirá recargarlos todos y volver a hacer fuego en tan solo veinte minutos. Podrá así torpedear varios barcos seguidos sin que los aliados tengan tiempo de adivinar desde dónde vienen los tiros.

Satisfecho, Hans paladea un sorbo de vino ante los gestos de aprobación de sus amigos. Si todo eso los ha dejado sorprendidos, aún queda lo mejor.

—Sin embargo, todavía no os he contado lo más interesante: el submarino Tipo XXI, porque ahora sí que estamos hablando de una verdadera nave submarina, no estará ciego cuando navegue

sumergido.

Tal afirmación ya resulta demasiado para los pilotos.

—¿No estará ciego? —pregunta Harald, escéptico—... ¿Qué quieres decir?

—Nuestros científicos han desarrollado un sistema electrónico llamado *S-Gerät* que emite un único ultrasonido, una especie de *bip*. Este se refleja en cualquier buque que se encuentre en los alrededores y devuelve un eco que es registrado por el sistema. El operador puede ver en su pantalla el eco, que le indica la posición del enemigo. Emitiendo un *bip* cada minuto, por ejemplo, es posible trazar rumbo y velocidad del enemigo en una carta náutica. Pero él no puede detectarnos, pues los *bips* aislados no son suficientes para revelar nuestra posición. Y todo ello en inmersión. Como veis, el *Elektroboote* es hoy por hoy un arma insuperable. Mejor dicho, lo será cuando llegue a fabricarse.

Los dos aviadores se miran el uno al otro. Ambos han tenido el mismo pensamiento instintivo: con un centenar de esos temibles buques, Dönitz pondría de nuevo en jaque a las Islas Británicas. Y ello podría significar que Hitler volviese a prestar atención a la Batalla del Atlántico y relajase la presión sobre el Frente Ruso. Algo que no vendría nada mal a los cansados pilotos de la *Jagd-waffe*.

—Pero... ¿tú crees que llegará? —pregunta Werner, esperanzado.

Hans Graf mira su copa sin responder. «*Ein Volk, ein Reich, ein Führer*», recita para sí; el lema de la Alemania nazi. Así lo espera, por el bien de su país y —esto no se atrevería a decirlo en público— de la piel de todos sus compatriotas.

Una vez pagada la cuenta —generosa propina incluida—, Hans y sus amigos salen a la calle, donde un viento gélido trae rachas cargadas de agua que invitan a cualquier cosa menos a callejear.

—¿Qué hacemos esta tarde?... ¿os apetece ir al cine? —sugiere Werner Grosse, al tiempo que levanta las solapas de su gabardina—. Podríamos invitar a Mimí y a sus amigas, a ver si luego...

—Conmigo no contéis —lo interrumpe Hans Graf—. Yo me vuelvo al *Institut de France*, tengo mucho que hacer.

—Pero ¿no estuviste allí ayer? —se extraña Harald Hartmann.

—Y anteayer, y el día anterior, je, je —se burla Werner—. Son las matemáticas, Harald. Tú no puedes comprenderlo.

—Ninguno de los dos podéis —replica Hans—. Los hombres llevan siglos discutiendo sobre la existencia de Dios y no acaban de ponerse de acuerdo. Una pérdida de tiempo, a mi entender. La única verdad absoluta son las matemáticas: sin ellas no hay nada.

—Vale, Pitágoras —se resigna Werner—. Pues nosotros nos vamos al cine. ¿Dónde quedamos para cenar?

* * *

El *Institut de France* goza de un enclave privilegiado en el corazón de París. Situado frente al museo del Louvre, al otro extremo del *Pont des Arts*, su majestuosa cúpula preside un magnífico edificio neoclásico de fachada semicircular que encierra uno de los mayores tesoros de la sabiduría universal: su biblioteca, donde perviven las obras inmortales de los padres de la ciencia. Ahí se dirige Hans Graf a diario, ávido del conocimiento atesorado entre sus anaqueles.

Como de costumbre, el joven se dirige a la mesa de recepción, donde la adusta bibliotecaria ya se ha acostumbrado a su presencia, una de las pocas con que cuenta la sala de lectura en estos días en que no puede decirse que la ciencia básica sea una prioridad nacional. Sin embargo, esta tarde se encuentra en su lugar una joven desconocida, atrincherada tras el montón de gruesos libros que forman el catálogo de la biblioteca.

—Disculpe..., ¿no está madame Goutard?

La muchacha levanta la vista de sus papeles y lo mira con recelo, algo que Hans atribuye instintivamente a su acento alemán. Él sabe que, aunque los parisienses han hecho un gran esfuerzo por adaptarse al nuevo régimen, la mayoría aún desconfía de los ocupantes.

—Madame Goutard se encuentra indispueta. Me han llamado para sustituirla. ¿Puedo ayudarlo en algo?

Cogido por sorpresa, Hans titubea un instante mientras se fija en la chica. A pesar de que su delgadez le presta un aspecto ligeramente enfermizo —algo bastante común entre los parisinos en los

días que corren—, y de que sus ojos aparecen levemente distorsionados tras unas gafas de montura metálica, su expresión desafiante, el ovalo perfecto de su rostro y una nariz suave, un tanto respingona, le permiten concluir que se halla ante una mujer de fuerte carácter y delicada belleza.

—Ejem..., deseo consultar este libro —dice, tendiéndole su libreta de notas.

La muchacha se acerca para examinar la referencia. Hans percibe un tenue aroma a lavanda. Jabón casero, se dice; nada que ver con los empalagosos perfumes de las *cocottes* de la noche parisién.

—Mmm... Pierre-Simon de Laplace..., 1814, volumen segundo... En seguida se lo busco, Monsieur.

El monsieur lo pronuncia con un cierto tonillo que a Hans le suena a indisimulada hostilidad. Luego se aleja, con un leve taconeo, hacia la gran sala de paredes cubiertas hasta el techo de librerías, en las que miles de viejos tomos guardan entre sus páginas todo el enciclopédico saber de la Ilustración. Un tipo esbelto, un gracioso contoneo y unas pantorrillas bien cinceladas, aunque un poquito delgadas de más. «¡Ah, qué ciudad, París! —suspira Hans—... Doquiera que vaya, uno se puede encontrar agradables sorpresas».

Diez minutos más tarde, el joven se ha aburrido de esperar sentado en el vestíbulo. Irritado, por dos veces ha estado a punto de ir en busca de la bibliotecaria, que al parecer se ha desentendido de él por Dios sabe qué otros asuntos. Solo lo ha refrenado el deseo prudente de no despertar en ella una mayor aversión hacia su condición de ocupante. Pero si esto continúa así...

De repente el taconeo retorna, esta vez más apresurado. La chica regresa con un grueso volumen de sólida encuadernación y el gesto algo más suavizado, aunque sin haber borrado en él todo aire de desafío.

—Su libro. Lo siento, no estaba en el lugar que le corresponde. Me ha costado un poco encontrarlo...

—No importa, gracias.

Hans Graf toma el ejemplar entre sus manos y se dirige con prisa hacia una mesa de lectura. Ya ha perdido bastante tiempo.

Una vez concluida la misión científica que lo ha tenido casi

dos meses en España, el matemático se encuentra realizando un nuevo trabajo para su departamento: establecer un modelo avanzado para el cálculo diferencial de secciones elípticas sometidas a esfuerzos resistentes. Una herramienta que permitirá optimizar el diseño de las cuadernas de los futuros submarinos. Para ello, y dado su afán por beber de las fuentes mismas de la ciencia, ha pedido permiso para quedarse en París y ampliar sus conocimientos en la materia consultando los textos que, desde sus orígenes en el siglo XVII, establecieron los fundamentos de tan compleja rama del saber. De paso, Hans, a quien en realidad los submarinos le importan un bledo —para él son solo una forma útil de servir al *Führer* al tiempo que evita ser llamado a filas—, aprovecha para dar rienda suelta a su verdadera pasión: la teoría matemática de la probabilidad. Así, durante las dos semanas que lleva viviendo en París a costa del OKM, el joven ha organizado muy bien su tiempo: recluso a diario en este templo del saber que es el *Institut de France*, dedica las mañanas al trabajo con que sirve al Reich, mientras que aprovecha las tardes para revisar las obras de su interés personal. Al fin y al cabo, el legado de los grandes de entre los grandes —los Bernoulli, Euler, D'Alembert, Lagrange y tantos otros— lo mismo sirve a un propósito que al otro.

Hoy le toca el turno a Pierre-Simon de Laplace, cuya obra resulta tan diversa como el *Traité de mécanique céleste*, *L'exposition du système du monde* o la *Théorie analytique des probabilités*. Si los días anteriores se concentró en la primera parte de esta última, en la que el genial matemático desarrolla las funciones generatrices como base del cálculo diferencial e integral, ayer comenzó con la segunda, donde dichos conceptos son utilizados para resolver los problemas estadísticos que se plantea el autor. Embargado por la impaciencia, se acomoda en el asiento y coloca el volumen ante sí, acariciando con gesto ritual la gruesa cubierta de cartón decorado y el relieve del título, grabado con letras doradas en el lomo forrado de tela color berenjena. Es entonces cuando su mente percibe que algo no va como debería: aunque título y autor se corresponden, el ejemplar que tiene entre sus manos no parece el de la tarde anterior. Un detalle nimio, pues su contenido no puede dejar de ser el mismo, pero que por algún motivo perturba sus esquemas mentales y le causa un sutil desasosiego. La portada interior lo tranquiliza en cierto modo:

THÉORIE
ANALYTIQUE
DES PROBABILITÉS;
PAR M. LE COMTE LAPLACE,

Pair de France; Grand-Officier de la Légion-d'Honneur; Grand' Croix de l'Ordre...

... etcétera, etcétera. Nada que objetar en principio. Se trata de la segunda edición de 1814, revisada y aumentada por el autor; la misma con la que trabajase el día anterior. Entonces ¿por qué tiene la impresión de que se trata de otro ejemplar? La respuesta le llega enseguida, cuando repara en un gran sello impreso en el frontispicio: un blasón partido rodeado por el texto «*Exlibris - A. M. Legendre*». En el flanco diestro, una torre sobre una roca que emerge del mar soporta un fanal iluminado; en el siniestro, una mano sujeta un compás que abarca todo el globo terráqueo, algo que no puede referirse sino a la medición del meridiano; en la punta del blasón, la cruz de Caballero de la Legión de Honor, con la que Napoleón Bonaparte recompensaba los servicios al estado de los más grandes científicos del imperio, entre otros. No cabe la menor duda: el ejemplar que Hans tiene entre sus manos perteneció nada menos que a Adrien-Marie Legendre, un auténtico hombre de la Ilustración, autor de obras tan notables como el *Essai sur la théorie des nombres*, el *Traité des fonctions elliptiques* o los imprescindibles *Éléments de géométrie*.

Todo esto rememora Hans Graf mientras pasa las hojas con reverencia, sintiéndose un privilegiado por acariciar aquellas páginas ante las que, quizá un día, su propietario meditó sobre sus enconadas disputas con Carl Friedrich Gauss por la precedencia de sus respectivos trabajos; o sobre su correspondencia con Sophie Germain para resolver el caso de la quinta potencia del último teorema de Fermat; o sobre los progresos de discípulos como Niels Henrik Abel o Karl Jacobi, a los que prodigó su sabiduría con generosidad para que brillaran con nombre propio en el firmamento de las matemáticas. Por ello, su disgusto es mayúsculo cuando se encuentra con una página completamente emborronada de notas manuscritas en tinta. «Pero ¿cómo es posible? —se pregunta—... ¿Quién ha podido mancillar así la *Théorie*?». Sin reponerse de la sorpresa, descubre que las páginas siguientes están igualmente cubiertas de fórmulas y garabatos. Un pequeño caos de anotaciones

en francés, entremezcladas de manchas, tachones y latines. A veces el texto se aprieta, como si su autor pretendiese economizar el breve espacio disponible; otras, las últimas palabras de cada frase se alargan desfiguradas, como si estuviesen escritas con prisa. Al principio Hans trata de hallar alguna relación entre las notas y el texto impreso, pero no hay forma; además, la caligrafía recargada y el francés de época no ayudan a entender gran parte de lo escrito.

El alemán frunce el ceño. Trata de hallar una explicación a tamaño sacrilegio. ¿El propio Legendre, quizás? Sabido es que en la época el papel era un bien preciado, pero el sabio era miembro de la *Académie des sciences*, nadie que pudiera estar tan necesitado como para tratar así un libro de su propiedad. Aunque Hans cree recordar que, en sus últimos años, a Legendre le fue retirada la pensión por haberse negado a obedecer la orden de votar para una plaza en la Academia al candidato gubernamental, a quien no creía el más capacitado. ¿Pudo ser entonces cuando...?

Justo cuando está llegando al final del tomo, una cuartilla suelta se desliza entre sus manos; una vieja carta escrita con una letra que se parece a la de las notas al margen, pero más esmerada.

París, 27 de Julio de 1830

Estimado M. Legendre:

He desarrollado una sorprendente teoría sobre los números aleatorios que, sin duda, motivará algo más que su curiosidad. Lamento haber tratado así su valioso ejemplar de la Théorie de M. Laplace, pero las circunstancias apremiaban.

Seguramente no tendré otra ocasión de expresarle mi enorme agradecimiento por su inagotable paciencia y benevolencia para conmigo.

Su discípulo y admirador,

Guy de Girardy y Lafontaine

Esto viene a resolver el misterio, aunque plantea otro mucho mayor. Más intrigado que antes, si cabe, Hans Graf se levanta y pasea nervioso por la sala, tratando de atar cabos. «*Guy de Girardy... Su discípulo y admirador... Una sorprendente teoría sobre números aleatorios...*». Finalmente, toma el libro con decisión y se dirige al vestíbulo.

—Disculpe...

La joven bibliotecaria se encuentra en ese momento con los

codos apoyados en su escritorio, frotándose los ojos cansados a esta hora avanzada de la tarde. Sin ponerse las gafas, lo mira con seriedad.

—Dígame.

Él observa su frente despejada y sus cejas anchas, que cobijan unos ojos bonitos, aunque miopes. Luce un pelo castaño muy corto, casi de chico. Un corte casero, eso salta a la vista; nada de *haute coiffure*. Sin embargo, le sienta bien, aunque solo sea porque deja ver un cuello largo y espléndido, con un pequeño y atractivo lunar en su base. Decididamente, la chica resulta muy, pero que muy interesante; y, a pesar de su hosquedad, Hans cree adivinar en ella cierto aire de curiosidad por su persona. Al fin y al cabo, en estos días en que la élite científica del país ha tenido que exiliarse, no son muchos los que se acercan al *Institut* a investigar.

—Este libro que me ha entregado... Verá, no es el mismo que me dio ayer madame Goutard.

Ella lo mira sorprendida, al tiempo que se encoge de hombros.

—¿No es el que me ha pedido?

—Sí, claro que lo es. Lo que quiero decir es que... Es extraño, mírelo usted misma: está repleto de notas manuscritas. Me preguntaba... ¿cómo ha dado con él?

La muchacha examina las páginas emborronadas con atención. También ella parece ahora intrigada.

—Es curioso... Verá, si antes me ha costado encontrarlo, ha sido porque no estaba en su sitio.

—¿No estaba en su sitio?

—No. Se hallaba cerca, junto a las obras de otro científico: un tal Adrien-Marie Legendre. No me explico...

Hans sonríe, señalando el ex libris impreso en el frontis.

—Ahí tiene usted la explicación. Alguien debió de colocarlo por error con los libros de su dueño, en lugar de con los de su autor.

—¡Pero eso no tiene sentido...! —protesta ella.

Esta vez es él quien se encoge de hombros.

—También hay una carta dirigida a monsieur Legendre, mire usted...

Ella examina la cuartilla con atención y luego consulta durante unos minutos los libros de registro.

—¡Es increíble, esta carta no está catalogada! Vaya, parece

que ha hecho usted un descubrimiento interesante, señor...

Hans intuye la posibilidad de un acercamiento amigable.

—Lámeme Hans. ¿Y usted...?

Pero ella se muestra cortante. No parece dispuesta a hacer muchas concesiones al invasor.

—Sophie. Queda poco para cerrar, supongo que querrá usted aprovechar el tiempo.

—Desde luego.

Hans Graf retorna a su silla y vuelve a sumergirse en el estudio; pero ahora no es la teoría de la probabilidad lo que centra su atención, sino el sorprendente manuscrito. Con gran esfuerzo comienza a transcribir en su cuaderno las primeras páginas, a pesar de que no es capaz de seguir el hilo de los argumentos del misterioso Girardy. Sin duda harán falta muchas horas de trabajo para desembrollar su significado. Varias veces está a punto de solicitar a Sophie que lo ayude a traducir esta o aquella frase, pero lo esquiva que se ha mostrado ella le hace desistir. «Y es guapa, la condenada —se dice—... Tienes que reconocer, Hans, que la francesita te ha causado un gran impacto y que... *Sheiße!* Si sigues distrayéndote así, no vas a llegar a ninguna parte. Has de hacer un esfuerzo para concentrarte en el trabajo».

«*Douce, chère Sophie..., je t'aime*». Sobresaltado, Hans Graf da un respingo. Estaba copiando de forma automática varias expresiones algebraicas, un tanto adormilado, cuando ha creído leer... Pero sí, ahí está, perfectamente escrito con la caligrafía dieciochesca de Guy de Girardy. ¿Será posible?

—Es hora de cerrar, Monsieur.

Absorto como estaba en su nuevo descubrimiento, Hans no ha advertido cómo la bibliotecaria se le acercaba. Antes de que ella se retire de nuevo, el matemático siente el impulso de poner a prueba su animosidad. Sin levantar la mirada del texto, recita:

—*Douce, chère Sophie..., je t'aime*.

Ella se da la vuelta, los labios apretados y el gesto torcido en la comisura de sus labios, y lo fulmina con la mirada.

—Oiga, si cree que tiene gracia...

«Preciosa. Tal como pensaba, también resulta preciosa cuando se irrita. Es una lástima lo de las gafas».

—Lo siento, no pretendía molestarla. Es que está escrito en el

libro —se justifica él—; me ha sorprendido la coincidencia, y...

Incrédula, Sophie se inclina sobre el texto. De nuevo él siente la fragancia a lavanda que emana de su breve escote, en el que un triángulo de piel suave y ligeramente pecosa anticipa un abismo prohibido. Al menos para un invasor como él. Sin embargo, por primera vez en toda la tarde, Hans es capaz de percibir un atisbo de sonrisa en su rostro.

—¡Tiene razón! —exclama ella—. Lo siento, no he querido...

—No, discúlpeme usted; he sido yo quien ha cometido una torpeza imperdonable.

—Está bien, dejémoslo así —dice Sophie, conciliadora, antes de volver a su sitio.

Cinco minutos después, Hans Graf deja el Laplace sobre el mostrador para dirigirse a recoger su abrigo y su sombrero. A pesar de que no espera una cálida despedida de la atractiva bibliotecaria, ella se le dirige triunfante.

—¡Lo he encontrado!

—¿Qué ha encontrado?

—El ejemplar que usted consultó ayer. Estaba en una pila de libros pendientes de devolver a las estanterías. Supongo que madame Goutard no ha tenido tiempo de hacerlo.

—Bueno, en realidad ha sido una suerte. Me alegro de haber dado con este otro.

—Escuche: he estado pensando... ¿Dónde está la carta?

Hans busca la cuartilla y se la tiende. Ella asiente al releerla.

—Sí, eso es. ¿Ha reparado en la fecha?... El 27 de julio es el día que comenzó la revolución de 1830, la primera jornada de las Tres Gloriosas que obligaron a abdicar a Carlos X. Es curioso, ¿no?

—Lo siento, no estoy muy versado en la historia de Francia.

Sophie recupera su aire hostil.

—Claro —dice—. No creo que a ustedes, los alemanes, les interese para nada nuestra historia; ni que les importemos nosotros, los franceses. Buenas tardes.

Luna Ross aparcó el monovolumen *Peugeot* ante una bonita construcción tradicional de piedra gris y tejado de pizarra a dos aguas. Situada cerca de Biescas, en el corazón del Pirineo oscense, la casa contaba con un amplio ventanal orientado al mediodía para aprovechar el tibio sol del invierno, y con una gran terraza cubierta para las calurosas tardes de verano. Estaba emplazada en la solana del valle, en el centro de una parcela ajardinada rodeada de otras villas y de prados. Lo bastante apartada del pueblo como para evitar las hordas de esquiadores que lo invadían durante la temporada de nieve, pero no tanto como para entorpecer la servidumbre de las numerosas visitas —colegio, supermercado, pediatra, farmacia...— que los niños imponían.

Un oasis de paz, en definitiva, en el que la fotógrafa y su marido, Javier Aibar, se habían refugiado tras seis años de una vida de locura, transcurrida a caballo entre San Sebastián, donde él daba clases de topografía, y Madrid, donde ella acudía con frecuencia por su trabajo para el grupo Aire, una próspera editorial que publicaba las mejores revistas de naturaleza y viajes del país. Durante todo ese tiempo, además, Luna había tenido que desplazarse constantemente a Cataluña para el trabajo de campo de un proyecto estratégico para la empresa: fotografiar cada uno de los doce espacios protegidos de la comunidad autónoma —un parque nacional y once parques naturales— para una colección de libros de gran formato encargados por una importante multinacional de inversión.

A pesar de tal desparrame materno, la pareja se las había apañado para encontrar el tiempo y la fuerza de voluntad necesarios para engendrar tres hijos y ocuparse de ellos. Uno más dos, solían decir, pues lo de los mellizos había resultado, a falta de antecedentes familiares, una tremenda sorpresa. Mantener tal familia en marcha y posibilitar los numerosos viajes de Luna había requerido, naturalmente, un continuo encaje de bolillos: que si Javier se cogía un semestre sin docencia, que si alguno de los abuelos se venían a casa una temporada, que si pasaban las vacaciones en un parque natural de Girona...

Todo eso se había terminado el otoño anterior. Rematado por fin el proyecto catalán, el matrimonio decidió que necesitaban aminorar aquel frenético ritmo de vida, y que era un buen momento para disfrutar de un año sabático en un pueblo de montaña. Un entorno tranquilo donde Javier, por fin, había encontrado la paz necesaria para cumplir una vieja aspiración: escribir un libro sobre Historia de la Topografía, una materia que le apasionaba y a la que llevaba dedicados numerosos años de investigación. Luna, por supuesto, no se había quedado inactiva. La práctica adquirida en el Pirineo catalán había hecho de ella una consumada experta en fotografía de montaña, gracias a lo cual había conseguido el apoyo de la fundación cultural de una importante entidad financiera para un ambicioso proyecto personal: una exposición fotográfica en la que pensaba plasmar, en una colección de grandes paisajes murales, una de las más extraordinarias técnicas de la fotografía clásica: el revelado y positivado en blanco y negro mediante el sistema de zonas de Ansel Adams; un arte prácticamente extinguido a causa de la revolución digital.

Cuando Luna asomó la cabeza por la puerta, una preciosa niña de cinco años abandonó sus juegos sobre la alfombra de la sala y corrió hacia ella alborozada.

—¡Mamá!

—¡Hola, cielo! —dijo Luna abrazándola—. ¿Cómo está mi tesoro?

—Muy bien, mamá. Mira lo que he traído...

Mientras la madre dejaba sus bultos en el suelo, la niña volvió con un cuadernillo de hojas grapadas, en cuya tapa de cartulina roja un payaso hecho con papeles de colores recortados lanzaba pelotas al aire con las manos.

—Pero... ¿qué es esto, María?

La niña sonrió con naturalidad, luciendo su dentadura mellada.

—Lo he hecho yo. Son mis dibujos del cole.

—¡Hala, qué guay! A ver...

En ese momento, Javier apareció por la escalera que daba acceso a la planta alta, donde se encontraban los dormitorios.

—Vaya, vaya..., pero si es nuestra intrépida montañera. ¿Cómo estás, cariño? Menudo susto, ¿no?

Marido y mujer se fundieron en un abrazo. Ella ya le había contado por teléfono su percance en la montaña y su determinación de volver a casa aquella misma noche, aunque fuese tarde, a pesar de que tenían planeado pernoctar en el refugio y descender al valle al día siguiente.

—Y que lo digas —respondió—, luego te lo contaré. ¿Y los mellizos?, ¿en la cama?

—Claro, llevan ya un rato dormidos. María ha insistido en quedarse despierta hasta que llegaras.

Luna sonrió dulcemente a su hija mayor y la tomó de la mano.

—Ven, cielo. Vamos a darles un beso a tus hermanos y luego te metes en la camita y me enseñas todos esos dibujos tan chulos.

Algo más tarde, con María dormida y tras devorar una cena ligera que Javier le había preparado mientras se daba una reconfortante ducha, Luna se acurrucó en el sofá junto a su marido, visiblemente agotada. Le contó cómo Rubén Monzón y ella se habían quedado inmóviles tras la roca, sintiendo el peso de la nieve que se acumulaba sobre sus espaldas y tratando de dejar una cámara de aire entre ellos. Aguantaron la respiración hasta que el fino polvo dejó de flotar en el ambiente, y luego trataron de sacar los brazos al exterior. Por fortuna, no más de cuarenta centímetros de nieve se habían acumulado sobre sus cabezas, y en breves instantes consiguieron salir del agujero. Suerte de la roca tras la que se habían protegido, que si no... Un poco más les costó recuperar los bastones y uno de los esquís de Rubén, cuya correa de seguridad se había roto por el brutal impacto de la avalancha. Las mochilas, con su preciada carga, no parecían haber sufrido daños, y por fin consiguieron recomponer el equipo y aprestarse para proseguir el descenso.

Esta vez lo hicieron trazando largas diagonales de un extremo a otro del recorrido del desprendimiento, confiando en que en esa zona no volvería a producirse otro. Así llegaron hasta el collado, donde se había depositado la mayor parte de la nieve, y por donde avanzaron penosamente hasta poder iniciar un nuevo descenso hacia el refugio.

—Ha sido espeluznante —concluyó Luna, dejándose abrazar por su marido—. Durante unos momentos llegué a pensar que

íbamos a quedar allí sepultados. Que no lo contábamos, vaya. De verdad, no sé si seré capaz de volver a atreverme con un descenso por nieve virgen.

Javier le acarició su melena oscura. Era consciente de lo difícil que le resultaría a cualquiera darle la vuelta a una experiencia así. Sin embargo, su esposa había demostrado ser una mujer valiente. No le cabía la menor duda de que lo superaría.

—Anda, vamos a la cama. Ya verás como duermes como una bendita y mañana lo ves todo mejor. Solo espero que los mellizos no madruguen demasiado.

—¡Ay!, pues yo tengo tantas ganas de verlos despiertos...

* * *

Un par de días después de la accidentada expedición a la montaña, y tras un minucioso trabajo de preparación en el laboratorio, Luna Ross se enfrentaba al momento culminante del proceso fotográfico: el positivado en papel. Hasta entonces todo había marchado a la perfección. A pesar de que la luz cambiante del amanecer había añadido una dificultad extra al cálculo de la exposición y del tiempo de revelado, había acertado bien con la compensación zonal, y los negativos reflejaban con nitidez los detalles en las sombras, por lo que se encontraba muy satisfecha con el resultado.

Bajo la luz de seguridad del cuarto oscuro, tiró hacia abajo del rollo de papel emulsionado de un metro de ancho, colgado sobre la pared, y fijó el tramo extendido con dos reglas de madera abisagradas, a modo de marginador. Luego cortó el papel por encima y descolgó el rollo para devolverlo a su envase herméticamente sellado contra la luz. Encendió la ampliadora y proyectó la imagen sobre el papel, convenientemente protegido mediante un filtro rojo. Comprobó una vez más el enfoque en diversos puntos, a pesar de haberlo hecho antes sobre la pared. A continuación dedicó unos minutos a repasar sus notas, en las que, además de los ajustes de la ampliadora, había descrito el tiempo de exposición con sus reservas y quemados, fruto de la larga serie de tiras de prueba y ensayos a pequeña escala realizados con anterioridad. Finalmente apagó la ampliadora, retiró el filtro, se armó con la máscara de cartulina sujeta en el extremo de un alambre, respiró hondo y pulsó

el temporizador.

Primero dio una exposición general, y luego, durante breves segundos, expuso de nuevo aplicando la máscara a las diferentes zonas a reservar: poderosos farallones de negra roca que enmarcaban la composición en primer plano, y lejanos canchales de piedras que se desparramaban hacia el valle. Era esta una labor a realizar con precisión milimétrica, pues una reserva mal hecha produciría un halo a su alrededor que arruinaría el resultado final. A continuación procedió a los quemados. Protegiendo a distancia con una cartulina el resto del papel, sobreexpuso, una a una, diversas zonas de blancos y grises claros para enfatizar su textura: pendientes nevadas todavía en penumbra, cumbres que ya reflejaban el brillo del amanecer, algunas zonas de las masas nubosas colgadas sobre un cielo de pureza infinita...

Cuando hubo terminado suspiró aliviada. La cosa iba bien. Ahora venía el momento de la verdad: ese instante mágico en que los elementos químicos realizan su transformación, mostrando al fotógrafo, para bien o para mal, cuán acertados han sido sus cálculos y su inspiración. Comprobó la temperatura del revelador, muy diluido para que actuase lentamente, pues no era fácil manejar un papel de esas dimensiones y lograr que todo él resultase uniformemente bañado. Solo quedaba descolgarlo y...

—¡Mamá!

Una súbita explosión de luz inundó el laboratorio. El consiguiente grito de sorpresa de Luna y su fulminante reacción, agarrando a María del brazo para meterla adentro y cerrar la puerta tras ella, asustaron a la pequeña, que rompió a llorar.

La fotografía observó desolada la gran hoja de papel sobre la pared. La brillante luz del sol poniente reflejada en la pared opuesta del pasillo había recortado el marco de la puerta contra la misma. No merecía la pena gastar líquido revelador. Si por lo menos hubiese estado ya enrollada dentro de la cubeta... ¡Media tarde de trabajo arruinada, sin contar con el desperdicio de papel! Con lo complicado que resultaba, a estas alturas de la era digital, reponer el material de positivado. Aun así, se arrepintió de haber sido tan brusca con su hija. Al fin y al cabo, era ella la que había cometido el error garrafal de no echar el pestillo; y eso, con niños en casa, equivalía a un suicidio.

—Lo siento, María. Es que me has dado un susto tremendo.

¿Qué te pasa, cielo?

—Son los mellizos —se justificó la niña entre sollozos—. A Gabriel se le ha volcado el vaso de *ColaCao* por el suelo, y Miguel lo ha pisado y está poniendo perdida toda la cocina...

—¡Ay, Dios!... ¡Si es que no se les puede dejar solos ni un momento! Pero ¿no está tu padre con ellos?

—Papá está arriba, hablando por teléfono.

—Anda, ven —dijo Luna con resignación—. Vamos a ver qué hacen Atila y Gengis Kan...

—¡¡¡Javiii!!! ¿Pero qué haces, hombre?... ¿Cómo se te ocurre dejar a estos dos solos en la cocina?

Javier Aibar asomó por la parte superior de la escalera, tapando con la mano derecha el micrófono del teléfono inalámbrico.

—Sube un momento, es para ti.

—Ahora no puedo, mira la que han montado *tus* hijos.

—Es Salvador Miró —dijo él con gesto perentorio—. Ya bajo yo a limpiar eso.

Luna se quedó descolocada por un momento. Miró era nada menos que el director general de Aire Grupo Editorial. Dada la importancia del proyecto de los parques catalanes, en los últimos años había mantenido regular contacto con él; pero aun así, que la llamase a su casa en persona era toda una novedad que no podía dejar de inquietarla, así que subió rauda por la escalera y tomó el auricular de manos de Javier.

* * *

Tras rematar la tarde con dos lavadoras y una hora de plancha, Luna depositó una taza de infusión sobre la mesa auxiliar y se dejó caer en el sofá, derrotada. Javier, a quien le habían tocado los baños y cenas de los niños, levantó la vista del libro que acababa de coger.

—¿Cansada? —preguntó.

Ella cerró los ojos y respiró hondo por toda respuesta.

—Mmm...

—Entonces ¿qué?, ¿te vas a Madrid?

—¡Qué remedio! Cogeré el coche hasta Huesca, y allí, el

AVE de las 8.10. Tengo que darme un madrugón de cuidado, pero Miró no me ha dado opción. Cuenta conmigo para una importante reunión a las once. A cambio, me ha prometido invitarme a comer. Estaré de vuelta en el tren de las siete, que llega a Huesca — consultó una notita adhesiva en la que había garabateado unos datos—... a las 21.20.

—Bueno, eso no es tan malo. A mí me parece mentira que se pueda ir y volver a Madrid en un día; y encima con tiempo para reunirse, comer y tener la tarde libre. Sólo espero que no intenten liarle, ahora que estás tan concentrada en tus murales.

—Ah, no; eso sí que no. Ya les dejé bien claro en la editorial que el año sabático iba a ser sagrado, y estuvieron de acuerdo. Lo que no entiendo es a qué viene tanto secretismo por parte de Miró. No he conseguido que me dijese nada sobre la reunión, salvo que se trata de un tema de suma importancia y que él en persona va a recogerme en la estación. No me lo explico: como si un director general no tuviese otras cosas que hacer... Además, me ha pedido que no comente la visita con nadie de la redacción. ¡Pues vaya gaita!. Me hubiese gustado pasarme para saludar a Víctor, a Feli y a los demás.

—No te comas el coco, cariño; mañana te enterarás de qué va la cosa. Anda, vamos a la cama.

Luna miró a su marido con un gesto que aparentaba enfado, pero que solo era burlón.

—Pero tú... ¿en qué mundo vives? Todavía hay que preparar la ropa de los niños para mañana, poner el lavaplatos, sacar la basura... Ah, y Miguel se ha quejado de la garganta al acostarse. A ver si nos va a dar la novecita...

Javier se retrepó en el sofá y estiró los brazos, al tiempo que ahogaba un bostezo.

—¡Ufff, qué pereza! Dame cinco minutitos, porfa...

Ella se encogió de hombros y bebió un buen sorbo de su infusión.

—Tú verás... Acabaremos más tarde. Por cierto, ¿qué tal va tu libro?

—Estupendo. Ahora estoy corrigiendo el capítulo de la expedición al Ecuador. ¿Te acuerdas?

Por supuesto que Luna se acordaba. La medición del meridiano de Jorge Juan y Antonio de Ulloa había sido uno de sus

primeros temas de conversación el día que se conocieron, allá en Madrid, una tarde lluviosa de primavera. Qué lejano quedaba aquello. Y sin embargo, qué rápido había pasado el tiempo desde entonces. Y sobre todo, cómo había cambiado su existencia, desde que el asunto del oro del Banco de España en que se vieran envueltos marcara un trágico punto y aparte en el devenir de los acontecimientos. La muerte de Jon, el amigo común que había aproximado sus vidas; el matrimonio con Javi —un protocolario paso por el juzgado acompañados de padres, hermanos y apenas media docena de amigos íntimos—; el traslado a San Sebastián, desde donde acometió el ambicioso proyecto de los parques catalanes; la llegada de los niños, elevando al cubo la carga de trabajo doméstica, pero también la satisfacción y el orgullo de los padres... Todo aquello había supuesto para Luna no menos de cinco años —los que acababa de cumplir María— de madre atacada. De las que iban como locas de un lado a otro sin llegar a nada: trabajo, colegio, pediatra, supermercado, cocina, plancha... Solo que ella, además, tenía que intercalar el frenesí doméstico con continuos viajes a la sede de Aire en Madrid, cuando no que ausentarse durante temporadas al otro extremo de los Pirineos. Pensándolo bien, quizá esto último era lo que le había dado fuerzas para sobrellevar lo demás. Tras vivir en contacto íntimo con la naturaleza durante sus últimos años de soltera, con la furgoneta en que recorría la Península casi como único hogar, necesitaba, como un sustento vital, dejar que su mente fuese absorbida por la tarea de domeñar con sus lentes la inmensidad de los espacios abiertos: bosques y montañas, flora y fauna, amaneceres y atardeceres...

Y todo ello había sido posible, sin duda, gracias a Javier. Qué afortunada podía considerarse con un marido tan comprensivo y dispuesto, siempre al pie del cañón para que ella pudiese cumplir con sus obligaciones. Si los días que salía de viaje con el equipo fotográfico a cuestras eran de intensa emoción, los de retorno a casa para el reencuentro con los suyos eran de suma felicidad. Y sin embargo, a veces no estaba segura de saber expresarle a su marido cuánto lo amaba. ¡Pobre Javi!... De repente notó como una lágrima resbalaba por su mejilla y se abrazó a él, emocionada.

—Te quiero —fue lo único que salió del nudo de su garganta.

* * *

Antes de hacerle señas para que lo viese, Salvador Miró observó durante unos instantes a la mujer morena que acababa de desembarcar en el atestado vestíbulo de la estación Puerta de Atocha de Madrid. Aunque dos embarazos y una familia numerosa no pasan en balde para nadie, ella conservaba el tipo esbelto y el porte decidido que tan bien recordaba él de la primera vez que la había tratado profesionalmente. Aquello había ocurrido... ¿Cuándo?, ¿siete u ocho años atrás? Definitivamente, no se había equivocado cuando hizo la fuerte apuesta de confiarle un proyecto tan estratégico para el grupo Aire como el de los parques catalanes. Luego, conforme el inspirado trabajo de la joven iba superando con creces todas las expectativas, había tenido ocasión de hablar con ella con más frecuencia. Y de tomarle un singular aprecio. Miró era consciente de que si Luna Ross alcanzaba a prestar tan valiosa aportación a la empresa como fotógrafa, era a costa de un importante sacrificio como madre y esposa. Algo que a un directivo de la vieja escuela como él le servía para reafirmarse en el respeto al trabajo y al esfuerzo personal, tan a contracorriente de la cultura del mínimo esfuerzo en que veía instalada a la sociedad de hoy en día.

Y todo eso, en el caso de Luna, llevado con una sencillez y una naturalidad exentas de las ínfulas con que otros creativos, de fama no siempre tan merecida, se limitaban a vivir del cuento, ganando sustanciosos honorarios a cambio de poco más que tirarse el rollo ante sus necios patronos. Para Luna, sin embargo, cada una de las dificultades ocultas tras sus bellas fotografías era, más que molestia, fuente de inspiración y la esencia misma de su trabajo. Ella encajaba cada crítica con ánimo constructivo, cada fallo con espíritu de superación, y cada sugerencia con un análisis profundo que podía llevarla a aceptarla o a rechazarla, pero nunca a ignorarla.

Por fin se saludaron. Cuando Luna estampó dos besos en sus mejillas con la misma naturalidad que si él fuese un viejo amigo de la familia, Salvador Miró pensó lo mismo de siempre: que si hubiese tenido una hija, en lugar de los tres maromos que le habían tocado en suerte, habría deseado que fuese como ella. Y por enésima vez, desde la llamada del Ministerio de Defensa que había recibido apenas dieciséis horas antes, se preguntó, preocupado, en qué marrón querían meterla con su forzada aquiescencia.

—Bienvenida a Madrid. Mujer, cada vez estás más guapa...
—dijo, ofreciéndole su brazo como el caballero que era.

La complicidad que habían desarrollado con el tiempo le permitió a ella recriminarlo con gesto escéptico.

—Eres un mentiroso, Salvador.

—No, en serio —protestó él, seguro de decir la verdad.

En efecto, los finos pliegues que se marcaban junto a sus bonitos ojos color miel y los que flanqueaban las comisuras de sus labios no bastaban para que aquel rostro hubiese perdido su encanto. Antes al contrario, acentuaban ese sereno, especial atractivo que solo emana de una mujer que ha llegado al mejor momento de su madurez.

—¿Cómo están los niños? —añadió en tono paternalista.

—¡Huy!, María está hecha un encanto, una verdadera señorita; pero los mellizos... ¡esos van a acabar conmigo! Te juro que voy a necesitar otro año sabático para recuperarme de este año sabático, Salvador. Hoy mismo me he dejado a Miguel con anginas, al cuidado de Javi. Nos ha dado una noche torera que no veas...

Salieron al exterior a través de la vieja estación de Atocha, convertida en espectacular vestíbulo de la moderna estación del AVE. Luna siempre se sorprendía por la forma en que habían sabido restaurar y convertir en un remanso de paz ajardinado aquel lugar, otrora surcado por los ruidosos trenes rápidos y expresos, donde tantas veces, durante sus años de estudiante en la capital del reino, cogiese el correo nocturno para regresar a casa de sus padres en vacaciones.

Primitivo Ibáñez, el sempiterno chófer de Miró, saludó a Luna con afable sonrisa y abrió la puerta trasera del imponente *Mercedes* aparcado en doble fila. La fotógrafa, que sin saber por qué se había imaginado que la reunión tendría lugar en las oficinas del grupo en la zona de Orense, se dio cuenta de que, en realidad, no tenía ni idea de adónde se dirigían cuando la berlina, en lugar de dirigirse hacia el norte por el Paseo del Prado, enfiló por Santa María de la Cabeza. Al principio no dijo nada, convencida de que su director no iba a soltar prenda en tanto no considerase llegado el momento oportuno. Ambos mantuvieron una intrascendente charla sobre lo diferente que era la vida en Madrid y en un pueblo del Pirineo, hasta que el potente vehículo se metió en la M-30 y aceleró en dirección norte. Conforme dejaban atrás el estadio del Man-

zanares, tras haber pasado por debajo de su graderío principal, Luna no pudo aguantar más la curiosidad.

—¿Dónde es la reunión? —preguntó.

—En la avenida del Padre Huidobro, junto al Hipódromo de la Zarzuela —respondió Salvador Miró con naturalidad.

Luna tuvo que reconstruir en su mente el borroso mapa de la ciudad.

—¿Eso no es la salida de la carretera de La Coruña?

—Ajá.

—Salvador —dijo ella, sin poder ocultar esta vez su impaciencia—... ¿Me puedes decir de una vez adónde vamos?

—Al Centro Nacional de Inteligencia.

Continúa.

Libro completo disponible [aquí](#).